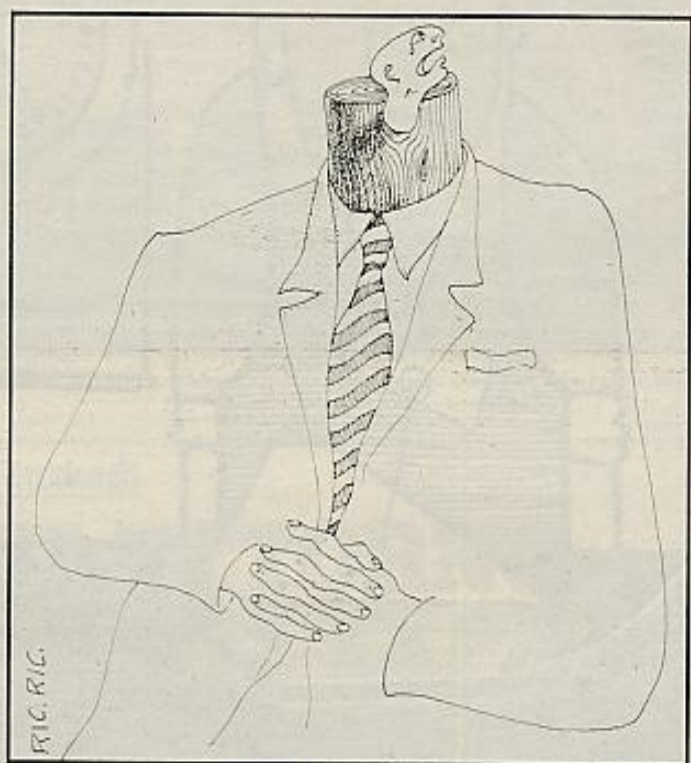


tamos en verano, y la convocatoria —un anuncio de pago entre los anuncios cinematográficos— augura la posibilidad de distraerse durante un par de horas al fresco de la noche. En la lista de espectáculos figuran dos recitales de canción, uno de guitarra, cuatro programas de "ballet", una ópera, una opereta y hasta cuatro espectáculos dramáticos. Son, exactamente: "La tierra es redonda", de Salacrou, por la Compañía de Teatro Retablo; "La lozana andaluza", versión de la novela de Delicado, por la Compañía Corral de Almagro; "La Malquerida", de Benavente, por la Compañía de Enrique Diosdado y Amelia de la Torre, y "El conde Lucanor", de don Juan Manuel, como sesión de teatro infantil presentada por el Teatro Estable de Jóvenes.

En la lista figuran una serie de nombres solventes. Pero, ¿por qué esos cantantes y no otros? ¿Qué criterio los agrupa? Y en el capítulo puramente dramático, ¿por qué esos títulos y esas compañías? No lo sé ni se ha hecho pública la razón. Son cuatro títulos nada nuevos, que, igual que este año pudieron hacerse el pasado, o el otro, a menos, claro, de tropezar con la espiritualidad de los que se avergonzaban de Delicado —el inevitable don Marcelino creyó firmar de una vez por todas la condena— o veían con inquietud los crípticos paralelismos políticos sugeridos por la obra de Salacrou. En cuanto a las compañías, poco o nada sabe el espectador provinciano. De Enrique Diosdado y de Amelia de la Torre sí, por supuesto. La idea de ver a los dos haciendo "La malquerida" tiene incluso para muchos el valor de un reencuentro con el pasado. Pero de la Compañía Corral de Almagro, de reciente formación; de la Compañía Retablo y de ese inquietante Teatro Estable de Jóvenes, casi nadie sabe nada, la verdad. Lo cual no es artísticamente grave, puesto que el trabajo de esas tres hasta ahora desconocidas compañías puede ser excelente; pero quizá sí lo es a la hora de despertar el interés de un público muy poco dispuesto a ello.

¿Ayudarán los "medios de comunicación social" a paliar el problema? Triste esperanza. La verdad es que en el periódico local de más prestigio —ese que dedica varias páginas a hablar de la futura autonomía y de las carencias culturales de la ciudad— han salido del paso con una gaceta y un recuadro pagado. ¿Será por la raíz "centralista" de los Festivales? Es evidente que no. Pues ni siquiera eso se



discute. Aparte de que en la programación hay obras y gentes que valen la pena. Simplemente al director del periódico, como representante de la "cultura ciudadana", el teatro le trae sin cuidado.

Debajo del cartel, la cita de los patrocinadores: "Teatros Nacionales y Festivales de España. Excelentísimo Ayuntamiento de...". Lo que nos lleva a otra pregunta: ¿creerá acaso el Ayuntamiento que "cumple" con aportar su parte de subvención? Me entero, y me limito a constatar el dato, que el alcalde es de Alianza Popular y está en el puesto desde hace varios años...

Así, con sus pequeñas variantes, han ido transcurriendo los quinquenios. Hasta llegar a este verano del 77, en el que tantas cosas deben razonablemente empezar a cambiar. Una, en lo que al teatro se refiere, el concepto de "Festivales de España", una institución que si tuvo a su favor el encomiable propósito de llevar a todo el país una serie de espectáculos de "calidad" —nacionales e internacionales—, tuvo en su contra la selección centralista de tales espectáculos y su presencia puramente episódica —como parte de un programa de feria— en la vida teatral de cada ciudad.

En el fondo, es obvio que todo ello respondía a un concepto "verticalista" de la política cultural. Si, a partir de ahora, la Administración se plantea seria-

mente otro tratamiento del tema, si va adelante el proceso de afirmación de las diferenciadas personalidades que conviven dentro del Estado español, si las próximas elecciones municipales instauran una gestión más atenta a los bienes y servicios culturales de cada ciudad, si los "medios de comunicación" no restringen su "responsabilidad" al sensacionalismo político, los Festivales, tal y como han sido concebidos hasta ahora, pasarán a mejor vida, sustituidos por unas manifestaciones mucho más ligadas a la realidad social. Tanto en la selección —debatida públicamente— de los espectáculos, como en la inserción de trabajos generados en la misma ciudad, como en la relación entre esa manifestación y la vida teatral cotidiana, como en una política de información y de atracción de públicos que corresponda al carácter fuertemente subvencionado —con todas las implicaciones que ello trae consigo— de esas representaciones. Objetivo, digámoslo claramente, que no va a alcanzarse ni por decreto, ni por la buena voluntad de unos pocos ni por la declaración programática de ningún partido, sino a través de un nuevo concepto público de la cultura.

Hasta que eso llegue, intentaré comentar, a través de las correspondientes críticas, el valor de los espectáculos que cubren la última temporada de los Festivales de España. Y que van a ser,

durante todo el verano, la "única posibilidad" de ver teatro en tantos lugares. ■ JOSE MONLEON.

Salacrou: El "fascista" Savonarola

Con una proclamada voluntad "descentralizadora", la nueva Compañía Retablo se ha lanzado a la Campaña de Festivales del 77. La verdad es que, en este punto, tal proclamación sólo es verdad a medias, pues si es cierto que la Compañía presentará su trabajo en muchos lugares antes de hacerlo en Madrid, no lo es menos que lo hará gracias a un organismo muy enraizado en la Administración Central, que asegura una cantidad fija a cada Compañía y que sustrae a éstas de los graves problemas que supone hoy, después de tantos años de centralismo, una respuesta teatral asentada lejos de Madrid.

Dicho lo cual, conviene apresurarse a señalar que la Compañía Retablo ha montado una interesantísima versión de "La Tierra es redonda", de Salacrou, que esperan llevar al María Guerrero el próximo otoño. Espectáculo que, estamos seguros, va a ser, en lo que al capítulo dramático se refiere, no ya de los puntos altos de los Festivales, sino del teatro que, no importa en qué lugar del país, podrá verse este verano.

Se centra "La Tierra es redonda" —sin duda la obra más ambiciosa y más estimulante de Salacrou— en la etapa en que Savonarola se enfrentó, en nombre de un concepto mortificante de la moral, con lo que consideraba depravación de la corte papal y de la sociedad católica. Estábamos a finales del siglo XV. El mundo empezaba a saber que la Tierra era redonda. Los Borjas dirigían la cristiandad desde Roma. El Renacimiento planteaba una nueva concepción de la libertad, del placer y del individuo, mientras que en la Florencia de los Médicis crecía la figura medievalista e intolerante de Jerónimo Savonarola. Para Salacrou lo fundamental era contraponer el concepto encarnado por Savonarola —una vida hecha en el "temor de Dios", asentada en el Juicio Final y en el pecado de cualquier complacencia en los bienes terrenales— a los

ideales renacentistas. La trágica historia de aquel cura fanático, su encumbramiento y su muerte en la hoguera, eran materiales más que suficientes para ordenar una acción dramática de fuertes relieves. El título de la obra nos aclaraba, por lo demás, la posición crítica del autor. Si Brecht recurrió, con extraordinario talento, a Galileo Galilei para subrayar que la teoría heliocéntrica suponía el fin de un orden social, basado en la idea de una tierra inmóvil, centro del Universo, reino de Dios confiado a una Iglesia en torno a la cual giraban todos los poderes, la referencia de Salacrou al descubrimiento de la redondez de la Tierra es también un modo de señalar que nuestra civilización había entrado en una etapa científica, en cuyo ámbito los personajes como Savonarola sólo podían ser una supervivencia del pasado.

Ahora bien el texto del autor francés ha sido sometido a la que se califica de "versión un tanto libre" de Máximo, el dibujante y escritor que alcanzara una merecida notoriedad desde las páginas de "Pueblo". ¿En qué consiste esta versión? En acentuar un claro paralelismo entre el pensamiento de Savonarola y el que, durante cuatro décadas, ha regido la vida española. Paralelismo revelado con innegable talento, dado que, siendo inequívoco, no daña ni merma la propuesta de Sala-

crou. La idea de un Cristo Rey, con la consiguiente remisión de cualquier norma de gobierno a los principios del inquisitorialismo religioso, el criterio de que sólo deben ser libres quienes estén de acuerdo con el poder, el sueño de una providencia con los ojos puestos en el Salvador espiritual de Florencia, el mesianismo de los iluminados y violentos servidores de Savonarola, la mezcla, en fin, de pasión, "posesión indiscutible de la verdad", desprecio del arte y de los goces de la vida, la condena de toda discrepancia, el silencio y el temor como virtudes ciudadanas, constituyen un "corpus" que, salvando las distancias que van del viaje de Colón a la desintegración del átomo, nos resultan penosamente familiares. El que Salacrou-Máximo no asocien esta pasión fascista a la mala fe y la ligen a la reminiscencia de un sentimiento redentor, me parece que es uno de los grandes méritos del drama, sobre todo si lo confrontamos con tanto teatro político de nuestros días, ingenuamente maniqueo. La misma evolución de una serie de personajes, escépticos primero, fieles y encendidos servidores de la ideología redentorista de Savonarola después — y el redentorismo no se refiere sólo al que tan implacablemente ejerció la Iglesia católica, sino al de todas las Iglesias, laicas o religiosas, organizadas o en proyecto de or-

ganización—, renegados del savonarolismo cuando descubren que su jefe no fue el santo imaginado, podría ilustrar muchas conductas de nuestro tiempo. Lo terrible, en última instancia, es que a esos paralelismos se llegue con facilidad, y que el final de la obra, "¡Savonarola ha muerto! ¡Florencia es libre!", nos induzca a sentir que la Humanidad ha perdido más de tres siglos y medio de su Historia.

El mantaje, de José Díez, es fresco, ágil, divertido cuando conviene y concentrado cuando priva el conflicto político. Para el reparto cuenta con un grupo de actores entre los que si bien hay algún nombre destacado — Carmen de la Maza, Antonio Casas, Víctor Valverde—, lo más importante es el excelente nivel del conjunto, con creaciones muy notables de personajes. Por ser hasta 18 los intérpretes, me parece imposible entrar en la consideración de sus trabajos. Lo haremos en otra ocasión, aunque a los tres nombres citados me parece imprescindible añadir los de Fernando Baeza y Verónica Luján. ¡Ah, y el de Angel Botia, que ha elaborado una música de inusitado ajuste e ironía!

Cuando, al día siguiente, quise leer la crítica en la prensa local, lo único que encontré, en las páginas de espectáculos, fue una entrevista con Leslie Caron remitida desde los Estados Unidos. ■ JOSE MONLEON.

CANCION

Canet: de la política a la música

El tiempo agió las Sis Horas de Cançó a Canet. Pero, a pesar de que la lluvia y el cambio político hicieron temer a los organizadores por la afluencia de espectadores, la predicción no se cumplió. Sesenta mil personas —la misma cifra que el año pasado— acudieron a la manifestación musical de Canet y soportaron estoicamente la lluvia, las caravanas de acceso a la población y la humedad de la noche. Hubo un cambio sustancial en relación al Canet 76: la edición de este año ha pasado a ser una demostración reivindicativa del público para transformarse en una audición musical.

Canet ya tiene historia. Joan Ramón Mainat ha publicado recientemente un libro: "Canet, treinta y seis horas de canción y libertad", en el que explica datos, anécdotas y el sentir que ha animado a una concentración multitudinaria que durante seis

